

Te Deum en los dos campos (1674). Pero despues de la muerte de Turena, habiéndose dejado bafir su sucesor el mariscal de Crequi por Montecúculi, Condé, sin dar batalla, frustró los planes del general alemán por el arte de sus campamentos, y le obligó á repasar el Rhin. Esta fue la última hazaña de este héroe. Atormentado por la gota, se retiró á su magnífico palacio de Chantilly, en donde pasó el resto de sus dias en medio de los recreos del estudio y de los consuelos de la piedad (1675).

Crequi y Luxemburgo (1675-1678). La pérdida de estos dos grandes hombres no detuvo los progresos del ejército francés. Crequi, que reemplazaba á Turena, habia experimentado en verdad una derrota en Consarbruck; pero bien pronto recuperó esta primera imprudencia por una multitud de victorias en Lorena y en Alsacia. Luxemburgo, que sucedió á Condé, derrotó por su parte al príncipe de Orange en Mont-Cassel, adonde el hermano del rey dió pruebas de un heroico valor. Luis XIV tomó en persona á Condé, Bouchain, Valenciennes y Cambrai (1676-1677). En el curso de estos brillantes triunfos supo que la flota que habia enviado á Mesina bajo las órdenes de Duquesne batió á las fuerzas combinadas de los Españoles y Holandeses, y que el almirante Ruyter fue muerto enfrente del Etna (1676). Su generosidad le hizo derramar lágrimas por aquel guerrero magnánimo, y dijo llorando que no podia ser insensible á la pérdida de un grande hombre.

Tratado de Nimega (1678-1679). La Francia se agotaba á pesar de tantas victorias. Habia sido necesario publicar la convocacion de los nobles que tenian feudos, ese último vestigio de las milicias feudales, y Colbert hablaba de dar su dimision si la guerra continuaba por mas tiempo. Las demas naciones estaban todavia mas apuradas que la Francia. Entonces Luis XIV dictó sus condiciones, y dió seis semanas á sus enemigos para firmar la paz. Firmáronla en efecto, y este tratado fue llamado *el tratado de Nimega*, por el lugar en que se celebró el congreso. La Holanda fue la única que nada perdió; se le devolvió á Maestricht; los Españoles recupera-

ron á Charleroi, Courtrai, Oudenarda, Ast, Sante y Limburgo; la Francia conservó la mayor parte de Flandes y todo el Franco Condado. La Alemania, que no ratificó el tratado sino el 5 de febrero de 1679, cedió Friburgo, sin poder obtener el restablecimiento del duque de Lorena en sus Estados. La Suecia, aliada de la Francia, recobró todo lo que la Dinamarca le habia usurpado; el elector de Brandeburgo devolvió la Pomerania, y el duque de Holstein entró en sus Estados.

§ IV. Desde el tratado de Nimega hasta la guerra de sucesion de España (1679-1700).

Gloria de Luis XIV (1678-1685). El gran reinado de Luis XIV habia llegado á su apogeo. La voluntad de este príncipe daba la ley en toda la Europa. Todo se inclinaba delante de él; sus súbditos le apellidaron Grande, y el duque de la Feuillade se hizo el sacristan de su gloria conservando un cirio encendido delante de su estatua. Seguro de su poder, principió á comentar á su modo el tratado de Nimega, y bajo pretexto que habia de gozar de todo lo que en otro tiempo perteneció á los paises que le habian cedido, se apoderó sucesivamente de los ducados de Veldentz y de dos Puentes, de los principados de Saarbruck, de Saawerden y de Montbelliard, de las ciudades de Estrasburgo, de Dixmuda y de Luxemburgo. Al mismo tiempo aumentó su marina, profundizó los puertos de Tolon, de Dunkerque y del Havre, y domó la naturaleza por un victorioso ensayo en Rochefort. La piratería infestaba el Mediterráneo y el Océano, envió á Duquesne para destruir á los piratas y para bombardear á Argel, Túnez y Trípoli, sus guaridas. Habiendo tenido Génova la audacia de vender á los Argelinos bombas y municiones de guerra, Luis XIV pidió satisfacion á la república, y al saber su desdeñosa negativa mandó á Duquesne que la bombardeara.

Mientras que en el exterior infundia así el terror del nombre francés, el interior del reino se llenaba de fortalezas. Hunin-

gue, Sarrelonis, Montreal y Estrasburgo fueron fortificadas según el plan de Vauban. El pueblo padecía por estos excesivos gastos; pero todos parecían dispuestos á sacrificarlo todo por la gloria del rey. Velan con orgullo al dux de Génova á sus piés, mientras que los embajadores del rey de Siam venían á poner su país bajo su protección.

Declaracion del clero (1682). Nadie se admirará de que estando Luis XIV en posesion de tanto poder, concibiese el designio de centralizarlo todo y aun de usurpar los derechos de la Iglesia. Según ciertas costumbres bastante antiguas, muchos obispados y arzobispados estaban sometidos en Francia al derecho de *regalia*, esto es, que el rey gozaba de sus rentas y conferia los beneficios de su dependencia después de la muerte del obispo ó del arzobispo, hasta que el juramento de su sucesor fuese registrado en el tribunal de cuentas. Había iglesias exentas de esta onerosa servidumbre, especialmente las del Langüedoc, de la Guyena, de la Provenza y del Delfinado. Luis XIV quiso retirarles sus privilegios y extender indistintamente su derecho de regalia á todos los obispados y arzobispados de su reino. Los obispos de Alet y de Pamiers fueron los únicos que no quisieron someterse á la voluntad absoluta del monarca. El papa Inocencio XI los sostuvo en sus derechos; y lo que admira mas, es que todos los obispos se sublevaron contra el soberano pontífice, alegando las libertades de la Iglesia galicana, como si no se hubiese constituido entonces como defensor de sus franquicias y privilegios. Luis XIV convocó una asamblea del clero en París. Había tanta irritacion en los espíritus, que el gran Bossuet temía un cisma. Pero por medio de su energía y elocuencia previno todas las divisiones, é impidió se decretara nada que fuese contrario á la fe. La asamblea se contentó con manifestar su opinion acerca de la naturaleza del poder del soberano pontífice. Su declaracion, reducida á cuatro puntos, fue llamada por este motivo la declaracion de los *cuatro articulos*. En ella se establecía que el papa no tenía derecho sobre lo temporal de los reyes, que su poder era inferior al de los concilios generales, que él mismo estaba sometido á

los cánones, y que sus fallos, aun en materia de fe, no eran infalibles. Esta doctrina desagradó muchísimo á la corte de Roma. Inocencio XI exigió la retractacion de ella, y negó las bulas de institucion á los obispos que la habían firmado. Su sucesor Alejandro VIII le imitó. Un gran número de sillas episcopales se encontraban así ocupadas por obispos que estaban desprovistos de jurisdiccion, cuando Luis XIV, cansado de este aflictivo estado, escribió él mismo una carta de retractacion á Inocencio XII. Los obispos nombrados le imitaron, y desde entonces reinó la mejor armonía entre la Francia y la Santa Sede.

Revocacion del edicto de Nántes (1686). El mismo pensamiento de centralizacion y de absolutismo que había impellido á Luis XIV á estas disputas con la Santa Sede, le condujo á revocar el edicto de Nántes. En todas las cortes de Europa la política no tenía entonces otro objeto que el de establecer la unidad religiosa. Los Estados protestantes trataban de aniquilar el catolicismo, y los Estados católicos trabajaban para arruinar el protestantismo. Sin embargo estos últimos querían convertir á sus súbditos extraviados, y esta es la razón por que repudiaban la violencia como incapaz de establecer la conviccion. Richelieu, después de haber destruido el protestantismo en Francia como partido político, quiso que se recurriese á la persuasion para convertir á sus individuos á la religion católica. Las misiones fueron organizadas en todas las provincias, y en todas partes produjeron grandes frutos. La elocuencia varonil de Bossuet y su polémica irresistible se llevó tras sí á todos los hombres capaces de leerle y comprenderle. Toda la nobleza se hizo católica, y el pueblo volvía en masa á la creencia de sus padres.

Luis XIV no empleó al principio contra el error otras armas que la persuasion; pero en 1670 comenzó á retirar á los reformados algunos de sus privilegios. Los alejó de los empleos, les rehusó todo favor, y los privó insensiblemente de todos los derechos que les estaban garantidos por el edicto de Nántes. Exageraron mucho delante del monarca los felices resultados de estas medidas severas; todos los días le anun-

ciaban conversiones nuevas, y acabaron por persuadirle que para establecer la unidad de la Francia y de la Iglesia, solo se necesitaba revocar el edicto de Nántes. Lo revocó, y lo mas remarcable es que toda la nacion aplaudió esta medida. Pero Louvois, el bárbaro Louvois, la ejecutó con una ferocidad sin ejemplo. Trató á estos desgraciados Franceses como si fuesen enemigos, y manchó el Langüedoc, el Vivares y las Cevenas con las mas horrosas escenas. Mas de 100,000 personas se vieron obligadas á emigrar con gran detrimento del comercio y de la industria. El príncipe de Orange se declaró su protector, les concedió iglesias en todas las ciudades de Holanda, dió pensiones á sus ministros, y se grangeó el afecto de los oficiales y artesanos por medio de favores. ☉

Liga de Augsburgo (1686). Al mismo tiempo que el príncipe de Orange se enriquecia de este modo con los despojos de la Francia, provocó contra ella una coalicion temible. A sus instancias, el emperador Leopoldo, el rey de España, el rey de Suecia, el elector de Baviera y otros muchos príncipes de Alemania se coligaron en Augsburgo el 9 de julio de 1686. Jaime II, que reinaba entonces en Inglaterra, era demasiado afecto á Luis XIV para que fuese posible separarle de él. Pero como habia herido torpemente las susceptibilidades de sus súbditos por muchos actos impolíticos, su yerno Guillermo resolvió destronarle. Entró pues en la Gran Bretaña, cuando Luis XIV comenzó la guerra en el continente, y ejecutó su atrevido proyecto en un mes, casi sin combatir (1688).

Combates navales (1689-1693). Cuando Guillermo III llegó á ser rey de Inglaterra, adquirió nuevos aliados para la coalicion. El único medio de disolverla era atacarle á él mismo en sus nuevos Estados y en Holanda. Se hubiera debido concentrar todas las fuerzas navales de la Francia segun lo opinaba Seignelay, hijo de Colbert y ministro de la marina. Pero Luis XIV quiso trabajar en el restablecimiento de Jaime II, y hacer frente al mismo tiempo á la lucha continental, y esta division hizo que se frustrase el éxito.

El vicealmirante Tourville encargado de sostener los intereses del desgraciado Jaime II, á quien los navios fran-

ceses habian trasportado á Irlanda, consiguió una victoria completa á la altura de Dieppe contra las escuadras reunidas de Holanda é Inglaterra (1690). Durante dos años los Franceses fueron dueños del mar. Como Jaime II salió mal de todas sus empresas, Luis XIV quiso hacer el último esfuerzo para restablecerle. Ordenó pues á Tourville que buscase al enemigo y le atacase donde le encontrara. Los Ingleses y los Holandeses se presentaron entre la Hoque y Cherburgo. Tenian dobles fuerzas que los Franceses. Con todo Tourville los atacó, y no se retiró sino despues de haber combatido un dia entero. *¿ Se ha salvado Tourville?* preguntó Luis XIV al saber la derrota; *porque se pueden encontrar otros navios, pero no se encontraria fácilmente un oficial como él* (1692).

Luis XIV habia puesto en una de sus medallas un Neptuno con la palabra del poeta: *Quos ego...* Los Holandeses acuñaron otra con esta inscripcion: *Maturate fugam, regique hæc dicitte vestro: Non illi imperium pelagi...* Sin embargo la Francia no lo perdió todo. Tourville se desquitó el año siguiente entre Lagos y Cádiz (1699), y Juan Bart, Dugnay-Trouin, Pointis y otros muchos gefes de escuadra fueron el terror de los Holandeses é Ingleses en todos los mares.

Triunfos de los ejércitos de tierra (1689-1695). Mientras que la Francia daba todas estas grandes batallas navales, sus ejércitos de tierra se cubrian de gloria. El mariscal de Humieres se habia dejado batir por el príncipe de Valdeck en Valcour sobre el Sambra. Sucedióle el mariscal de Luxemburgo, enemigo de Louvois. Dotado de un genio ardiente é impetuoso, de una ejecucion pronta y de un golpe de vista justo y penetrante, hizo expiar á Valdeck aquel triunfo batiéndole en Fleurus (1690). El rey Guillermo le salió prontamente al encuentro, esperando desbaratarle por sus hábiles maniobras; pero esto fue para el un nuevo motivo de triunfo. A pesar de un parte falso que Guillermo le hizo dar por uno de sus espías á quien habia ganado, le venció en Dunkerque (1692). Esta victoria inesperada excitó un entusiasmo universal. No se hablaba mas que de sus hazañas, y segun dice el príncipe de Conti, á la vista de todas las banderas enemigas desplegadas

en la catedral de Paris, ya no se le llamaba mas que el tapicero de *Nuestra Señora*. Encargado exclusivamente del mando del ejército de Flandes, coronó su carrera militar con la victoria de Nerwinde (1693). Pero esta vez el éxito costó tanto, que se dijo con razon que debian cantarse menos *Te Deum* que *De profundis*.

Catinat, genio universal, capaz de ocupar todos los empleos con distincion, mandaba en Italia durante el mismo tiempo con igual fortuna. Venció al valiente Amadeo de Saboya en Staffarde, sometió toda la Saboya y penetró en el Piemonte (1690). Obligado á volver á Francia para reforzar su ejército debilitado, descendió despues segunda vez los Alpes, y venció al príncipe Eugenio en la Marsalla (1693).

Tratado de Ryswick (1697). En todas partes la Francia era victoriosa. Mientras que Catinat y Luxemburgo se cubrian de gloria en Italia y en Flandes, el mariscal de Lorges triunfaba en Alemania y el mariscal de Noailles en Cataluña. Sin embargo todas estas conquistas agotaban el tesoro y la nacion. El tesoro estaba arruinado, las contribuciones aniquilaban al pueblo, y una carestia horrorosa vino todavía á aumentar la miseria pública. Por otra parte la muerte de Luxemburgo fue la causa de que Guillermo volviese á tomar á Namur. Luis XIV pensó desde entonces con seriedad en la paz. Para conseguirla, resolvió dividir á sus enemigos. Desde luego apartó de la coalicion á Amadeo, duque de Saboya, devolviéndole todas las ciudades que habia perdido, y dándole el duque de Borgoña, su nieto, para su hija Maria Adelaida. Este tratado fue firmado en Turin el 29 de agosto de 1696. Esta defeccion apresuró la de los demas confederados, y se firmó una paz general en Ryswick. Devolvieron á Leopoldo, heredero de Carlos V, duque de Lorena, todos los Estados de su padre; las fortificaciones de Strasburgo, de Fort-Louis y de Montreal hubieron de ser arrasadas; el imperio adquirió nuevamente Friburgo, Brisach y Filisburgo; la España recobró lo que se le habia quitado en los Países Bajos y en Cataluña; en fin, lo que costó mas á Luis XIV fue reconocer por rey legitimo de Inglaterra á Guillermo III, cuya usurpacion

detestaba. Esto era preluir por la humillacion las futuras desgracias de su reinado.

§ V. Desde la guerra de sucesion de España hasta la muerte de Luis XIV (1700-1715).

Estado de la España antes del advenimiento de los Borbones (1640-1700). Felipe IV, en los últimos años de su reinado, concentró todos sus esfuerzos sobre el Portugal, tratando de conquistarlo de nuevo. Pero la Inglaterra y la Francia sostuvieron á esta débil nacion, y la victoria de Villaviciosa (1665) aseguró para siempre su independenciam. Felipe IV dejó caer de sus manos la carta que le anunciaba esta última derrota, y exclamó : ¡ *Es la voluntad de Dios!* Al momento cayó sin conocimiento y murió de languidez tres meses despues (1665). Todas las esperanzas de la nacion se fijaban en Carlos II, su hijo, único vástago de la dinastía de Carlos V; pero desgraciadamente este príncipe fue todavía mas incapaz de reinar que sus predecesores. Nacido de una sangre extenuada, á la edad de cinco años estaba todavía en brazos de su nodriza, alimentado solamente con leche y no pudiendo marchar, y á treinta años miraba como un prodigioso esfuerzo de aplicacion leer la historia por espacio de una hora todos los dias. Cuando el duque de Medinaceli le hablaba de los negocios del Estado, miraba á cada instante el reloj : tal era el impaciente deseo que tenia de que llegase la hora de descansar. Su incapacidad le hacia esclavo de sus ministros, y se vieron reinar sucesivamente bajo su nombre, al P. Nithard, confesor de la regenta, D. Juan de Austria, hijo natural de su padre, al duque de Medinaceli, al conde de Oropesa y al conde de Melgar. Luis XIV le hubiera despojado impúnemente de sus Estados, si las demas potencias no se hubiesen coaligado para conservar el equilibrio europeo, é impedir al rey de Francia que aspirase á la monarquía universal.

Guerra de sucesion en España (1700). Este desdichado monarca, aunque era may débil, atrajo no obstante durante los últimos dias de su vida las miradas de la Europa. Poseia la